

EL MADRILEÑO,

SEMANARIO

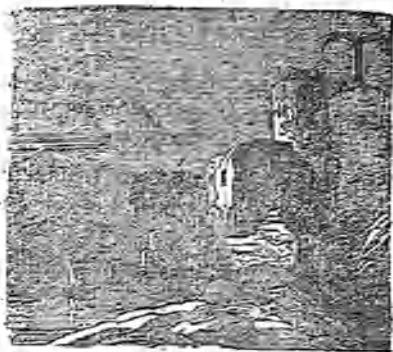
DE LITERATURA, ARTES, CIENCIAS Y NOTICIAS.

REVISTA DE LA SEMANA.

ALBUM DE EL MADRILEÑO.

Sumario.

Reo de muerte—Suicidio—Conciertos—Teatros.



ristes son por cierto las impresiones que nos ha dejado la pasada semana.

Espectáculos como los que en ella nos ha sido forzoso presenciar traban en el corazón huellas profundas que

por bastante tiempo permanecen impresas en él.

Al tomar la pluma aun nos sentimos dominados por ese pasmo que despiertan las emociones bárbaras, y sangrientas, y el alma no ha rasgado el ceniciento velo que eclipsó su alegría en un lúgubre momento.

La escena que el martes tuvo lugar en la Pradera de Guardias afecta hondamente á todo el que conserve una fibra de sensibilidad.

Y á la vez se presta á reflexiones bien desgarradoras.

Oh! un patíbulo!

Mirad en él la humanidad puesta á prueba: la demostración matemática de la latitud de sus sentimientos.

Un patíbulo para ciertas gentes significa lo mismo que para los *comanches* indios el *arbol del tormento*.

Aquellos salvajes saborean con bárbaro placer los suplicios horribles en que espira el infeliz blanco que cayó en sus manos.

Muchos de los que se acercan al lugar del cadalso esperan al reo con una ansiedad febril.

Esto prueba que las emociones fuertes interesan vivamente á ciertas personas.

El infeliz cabo Collado, que como anunciamos á nuestros lectores en el número anterior, asesinó alevosamente al oficial Iturrate, fué entregado al verdugo en la tarde del martes.

El palo de la infamia se levantaba en medio de un círculo compacto, formado por la numerosa con-

currencia que habia corrido á presenciar el momento fatal.

Para describir el cuadro que ofrecia, cerca ya este momento, la Pradera de Guardias, seria preciso concebir el tipo duro de seres descorazonados, que esperar con impasibilidad ver cómo el cuello de un hombre queda prensado entre un palo y una plancha de hierro: como el alma se dirige á las regiones de su destino, mientras que el cuerpo refleja en su fisonomía la horrible fealdad de la muerte.

Y decimos seres descorazonados, porque las personas que sienten latir su seno á impulsos de la conmiseración, no suelen presenciar este espectáculo desgarrador.

La concurrencia se habia colocado lo mejor que pudo, para descubrir el cadalso.

Los unos anidados en la copa de los árboles, parecian un cuajado enjambre de abejas.

Otros se levantaban sobre los *simones*, formando una especie de anfiteatro, desde el pescante á la planta alta del vehículo.

Otros formaban el círculo en que se encerraba el patíbulo, levantando la cabeza, vapoyándose sobre las puntas de los pies, hasta descubrir el terrible asiento.

Otros á caballo formaban una especie de doble muro.

Otros mas despreocupados cobraban fuerzas para no desmayar en la escena, haciendo el vacío admirablemente á repletas meriendas y voluminosas botas de morupio.

En fin, con dificultad se hubiera podido distinguir si se iba á celebrar una de esas populares fiestas que engendran hechos que suicidan la moral, ó si se iba á decapitar á un criminal.

De repente un murmullo sordo se estendió por todas partes.

El reo apareció entonces, y subió la escalera del cadalso.

La algazara y el ruido dieron lugar al recojimiento y al silencio.

El infeliz Collado que durante su tránsito del Saladero á la Pradera sintió alguna vez faltarle el valor, cobró fuerzas y llegó sin auxilio al patíbulo.

Ya en él demostró el ánimo del arrepentido, que se acerca á la inmensidad de la gloria, antitético á la necia osadía del que al espiar un crimen horrendo, parece desafiar la pequeñez de la tierra.

Collado, en fin, vió acercarse el instante supremo

del castigo, con la calma del arrepentimiento, no con la altivez de la obstinación.

Por esto le creemos en la mansión de los bienaventurados.

Poco antes de morir, quiso dirigirse afectuosamente á aquella muchedumbre, que con la insensibilidad de la roca asistía á su atrevido suplicio.

Exhortó á todos á la obediencia, y en especial á los militares; reveló brevemente los horrores del crimen y el llanto sincero que este había arrancado de su corazón.

Quiso recomendar su alma y la de su víctima; pero sin duda el peso del delito se desplomó sobre él, y terció, pues concluyó diciendo: «Me falta el valor.»

Collado, un sencillo millonario, ha comprobado, en sus últimas palabras que en ciertos instantes el hombre comprende toda la filosofía de la verdad.

Por fin, el verdugo hizo girar el manubrio del tormento, y el cuerpo del desgraciado reo quedó cosido á la argolla, mientras su alma libre se remontó á las regiones eternas.

La masa popular principió entonces á desmoronarse.

Unos se dirigieron aterrados á la población.

Otros después de haber visto acercarse la muerte quisieron mirar su estampa fatídica, y se pararon un momento ante el agarratado cadáver.

Entre la multitud se había confundido una mujer, sin duda en un acceso de delirio que la condujo á aquel lugar, tan terrible para ella.

Era según tenemos entendido la novia del reo, que se desprendió de la muchedumbre, clavando en el alma sus desolados gritos.

Dos guardias acudieron en su auxilio, y se la llevaron, dando señales de haber perdido la razón.

Concluimos este desagradable relato repitiendo la triste perspectiva de un cadalso, triste, tanto por el hecho que se verifica en él, cuanto por el aspecto que ofrecen los que le observan.

Nosotros creemos que este cuadro desolador, debiera diseñarse en un sitio oculto.

Se presenta en la plaza pública por asegurar la moralidad con la fuerza del ejemplo.

Y la fuerza del ejemplo es demasiado débil.

En el mismo calapo, y á la hora de la ejecución, se cometió un robo.

También anunciaron los periódicos que en dicho día se hizo otro en una casa de la calle del 7 de Julio.

Después hemos tenido también noticia de varios intentados ó llevados á cabo.

Preciso es conocerlo:

Los seres envilecidos, que se entregan en brazos del crimen, no retroceden ante el ejemplo.

Solo les desalienta la seguridad de la pena merecida por la culpa.

En dicho día, presido acaso por un genio maligno, se suicidó un soldado del regimiento de Borbon.

Creyése que ligado al reo por lazos de parentesco ó de amistad, atentaria contra su vida en un acceso de dolor.

Después se ha sabido que era un jóven no unido por vínculo alguno al ejecutado.

Hijo de una familia distinguida, había ingresado en la milicia, bajo la protección de personas influyentes, siendo destinado al cuerpo de granaderos.

No se sabe la causa de su desesperada resolución.

¡Qué el Señor, compadecido de su arrebató, le haya acogido bajo el manto de su misericordia!

Vamos á pasar ahora de las pavorosas nieblas de la desgracia al brillante y diáfano horizonte de la felicidad.

De los acentos funerarios de la muerte á los alegres ecos de la vida.

Este es el deber del revisero: decirlo todo.

¡Qué le importa lo brusco de las transiciones?

El miércoles tuvo lugar en el palacio Real el concierto que se venía anunciando hace bastantes días.

Todo en él fué digno de las régias personas que lo presidían.

Ostentáronse las brillantes perspectivas de lo grande, los atractivos de lo bello, las magnificencias del poder, del lujo, de la ostentación.

Veíanse recorrer los salones los individuos que componen la aristocracia de la grandeza, del arte y del saber.

Nuestras elegantes damas aparecían en toda la brillantez de su hermosura, realzada con cuantos adornos y atractivos habían podido colocar sobre sí.

Estaban tan hermosas, que según uno de nuestros colegas, eran desconocidas hasta de sus mismos conocidos.

S. M. la Reina se presentó en el salón principal, apoyada en el brazo del príncipe de Hoenzholler-Singaringen.

Los primeros músicos y cantantes que existen en la corte, tanto nacionales como extranjeros, recibieron un completo triunfo.

Les felicitamos encarecidamente.

La fiesta musical terminó á la una de la mañana con bastante pesar de cuantos formaban parte de ella.

Concluiremos la revista hablando algo de los teatros.

Y por cierto tenemos poquísimo que decir de ellos.

Los empresarios parece están atacados de indolencia.

En la semana pasada se han olvidado de ofrecer al público nada nuevo.

En el teatro del Príncipe se han suspendido por ahora las representaciones de la *Redoma encantada*.

Habíamos oído que el señor Delgado las interrumpía para poner en escena otras nuevas obras que está comprometido á ejecutar en la presente temporada.

Mas hete aquí, que como por encanto, se ha propuesto divertir al público con varias comedias de gracioso, que podrán tener gracia para él, pero que carecen de ella para sus espectadores, por mas que se esfuerce en amenizarlas Fernandez con sus chistes de brocha gorda.

En Jovellanos después del *Juicio final* ha venido la calma absoluta, del mismo modo que al de Josafat seguirá el reposo universal.

Nada nuevo nos anuncia el señor Salas en los cartules.

Y en verdad que es preferible recurrir á las zarzuelas antiguas, á ver poner en escena cosas informes como sombras del crepúsculo.

En Variedades se estrenó *Dios sobre todo*, comedia en tres actos, original y en verso.

Esta última producción del señor Larra se resiente del carácter sentencioso que involuntariamente ó internacional imprime á todas sus obras dramáticas, y que sin disputa, les roba gran parte del mérito que de lo contrario, el público apreciaría en ellas.

Es preciso conocer que la lección moral la ha de deducir el espectador, ha de ser resultado del desarrollo de la idea, ha de desprenderse de las emociones que arranque la fábula.

Los preceptos morales, las tesis filosóficas, las sentencias llevadas á la escena, en la mayor parte de los casos, sirven tan solo para distraer al autor del pensamiento principal, para hacerle prescindir sin que él lo advierta de los efectos que han de infundir vida á su obra, y en una palabra, para apagar la acción, convirtiendo á los personajes en unos verdaderos moralistas, que cansan con sus reflexiones, sin despertar interés.

Esto es lo que se advierte en *Dios sobre todo*.

La idea es trivial, los efectos escasos y fríos, la escena se arrastra con languidez, y la hilación dramática está cortada á cada paso por las pendencias entabladas entre los personajes.

Aparecen un hombre y una mujer de mundo, pálidas sombras del retrato de Ventura de la Vega, al lado, de un celoso marido del que pretende el primero explotar sus infundadas sospechas, y la segunda forma un prudente marido, por medio de una estudiada lección.

Hay también el tipo de un joven tan tímido, que en nuestros salones se consideraría como una nulidad intelectual en traje de pisaverde.

Los dos personajes de mundo quieren aprovecharse de él, como bien comun, para el logro de sus planes; pero él concluye por aparecer repentinamente transformado en un mancebo aleccionado en la escuela de la vida, lo suficiente para burlar á los presuntuosos que se jactaban de no equivocarse nunca.

La comedia termina prometiendo la sabihonda su mano al pisaverde para vengarse de su rival en pedantería, tranquilizándose los esposos, y dando todavía lecciones de experiencia el hombre que tan burlado se encuentra en aquel instante por la suya.

La versificación es correcta, y abunda en chistes tan oportunos é inesperados, que arrancan risas espontáneas, y contribuyen notablemente al interés que escita esta poco interesante comedia.

El señor Larra, posee brillantes disposiciones dramáticas, que debiera aprovechar en obras de mas importancia que *Dios sobre todo*. Fué llamado á la escena en su primera representación.

Los actores desempeñaron bien sus respectivos papeles, incluso los señores Maza y Romea (F.)

El primero hace también su papel de tímido, sabe identificarse de tal manera con él, que es lástima no encuentre en cada una de las piezas en que toma parte de este género, en qué poder lucir sus temblorosas dotes.

El segundo está admirable cuando hace erujir las tablas, se arranca el sombrero de la cabeza, gime, brama, y reviste las escenas de otros adornos de su propia cosecha. LEANDRO ANGEL HERRERO

SECCION CIENTIFICA.

ESTUDIOS MORALES Y POLITICOS.

VINCULOS DE FAMILIA.

(Continuacion).

¡Qué magnificencia en la piedad, que cariño el anciano á sus nietezuelos! ¡Qué moral tan sana y tan pura! Qué consejos; qué máximas tan saludables! No parece sino que la sabiduría de un oráculo sagrado se enciende en su frente: no parece sino que una grandilocuencia sobrenatural inspira á su corazón: es el tesoro de la ciencia humana recojido en el curso de los tiempos, al pié de esa cátedra de verdad llamada experiencia, que tantas lágrimas arranca de nuestra alma.

Reparad en ese grupo encantador, que en una de esas noches estrelladas del verano se os ofrece bajo el emparraído del jardincito de un hogar blanco como las alas de una paloma: la luna le destaca sobre una alfombra de verbena esmaltada de luciérnagas de ojos de fuego, especie de flores de luz que se posan en la temblorosa sensitiva para extasiarse contemplando los orbes diáfanos que iluminan ese azul terciopelo del firmamento, que semeja un lago tranquilo, sembrado de chispas de plata: componen el grupo una mujer de facciones hermosas como el arbol de la pureza y de la modestia, que hace pasar entre sus dedos sonrosados el hilo de una pequeña lanzadera, que fabrica como por milagro esas mallas delicadas que luego se transforman en bordados encajes para adornar las almohadas del hogar: á sus pies se agrupan dos ó tres niños de rubias cabeceitas, que parecen escapadas de un lienzo maestro de Murillo; y enfrente descuello la imponente figura del anciano abuelo, con su cabeza poblada de cabellos blancos, y ese carácter dulce y apacible con que nos miran á los primeros patriarcas en los cuadros bíblicos. El viejo entona el rosario con un acento de religion que parece el lenguaje revelado por Dios al hombre para conversar con El; y la familia repite aquellos ecos armoniosos con esa fé pura y santa que parece penetrar en los cielos para empaparse de aromas de ventura. ¿Qué corazón pudiera resistir esta escena tan tierna y elevada? ¿A quién no conmoveria el ecozanto de estas inocentes criaturas que traspasan la escoria de la nada, penetran en el infinito, y radiantes de virtud y de pureza invocan el amor de su Hacedor bajo los auspicios del inefable nombre, Padre nuestro?

Seguid, seguid, corazones generosos, latiendo de júbilo ante la magnificencia de vuestras obras sin revolcaros por el cieno que nos ahoga á los que pedimos al mundo las miserias del no ser, la falsa gloria que nuestra vanidad cimienta sobre obeliscos de escoria. Agrupad en torno del hogar las santas afecciones que despiertan los lazos de la sangre: buscad en la inocencia de la ancianidad ese nuevo

paternal amor, que es la viva tradición del pasado que se habla por su boca; rodeaos del cariño fraternal, de esos seres que llevan en sus venas una gota de vuestra sangre y en su alma una ráfaga de la vuestra. ¡Qué nada le falte al divino ideal de la familia!

DEL PADRE.—SU MISIÓN.—SUS ATRIBUTOS.

El padre es quien en el seno de la familia representa la sociedad. El padre ya no hiere, no maldice, no mata: es el profeta de sus hijos y no su amo, ni su verdugo.
(Aimé.—Martin.—Ed. de las madres de familia.—Del padre)

Completaremos el lienzo que venimos trazando, colocando en su remate superior la figura de un ser querido y magestuoso, de un sacerdote sagrado que vela por la armonía del hogar, á quien invocamos con el dulce nombre de padre; nombre venerando, generador de esta prodigiosa fábrica, á quien tributamos respeto y adoración, penetrados altamente de la excelencia de su destino.

El nombre de padre tiene para nosotros el mismo culto que el de madre con la sola diferencia de la forma: no abrazamos al padre, pero le bendecimos: no le consideramos como un tierno hermano, pero le adoramos: necesitamos su poder que sirva de custodia y salvaguardia al hogar, y él nos concede el suyo: necesitamos un agente que nos relacione con el mundo exterior, y él nos relaciona: de un animal hizo nuestra madre un hombre, y él de un hombre un ciudadano. ¡Magnífica armonía que coloca al pie de nuestra cuna todos los elementos de nuestra grandeza, todas las tradiciones, todas las ideas, todas las luces del alma!

La mano de nuestra madre nos acaricia, modela como en cera la imagen del bien en nuestro corazón: la voz del abuelo nos extasia: los vínculos de la sangre nos abren los horizontes del amor universal; y detrás de estos mágicos encantos de la cuna; cuando el poder de la madre se hace inerte, cuando enfrente de nosotros se levanta el abismo en la vida, que brama roncamente como el eco lejano de una tempestad he aquí que la mano del padre se apodera dulcemente de la nuestra, y reasumiendo las glorias que sonrieron tanto á nuestra niñez, nos enseña á aplicarlas á la vida real, nos presenta el relieve de esa vida y como buen marino señala con sus dedos los escollos, los arrecifes, las rocas salientes que á flor de agua ocultan el peligro, nos pone en completa posesión de la más árdua de las ciencias, que es la del vivir.

El padre es nuestro mentor, nuestro verdadero maestro, el único maestro que se detiene á decirnos:—¡observa!—¡copia!—¡admiral!—¡adora! Es verdaderamente el sacerdote que vela por el fuego sagrado que depositó nuestra madre en nuestra corazón.

Así para completar el orden prodigioso con que se relacionan todas las funciones en la vida doméstica, para que esta cadena de magníficos anillos no sufra interrupción hasta su remate, tenemos la grandeza de la misión paternal que empieza cuando termina la de la madre, que es la ampliación de la de la madre, y que por decirlo así es el com-

plemento de la formación de este nexo de alma y materia que llamamos hombre.

Así, la función del padre sometida á una actividad pasiva durante el tiempo que necesitó la madre para formar nuestro corazón, para dotarle de tantos sentimientos, de tantas ideas, de tantas adoraciones, se presenta instantáneamente á sacar partido de todo esto, encaminándolo á la perfección indefinida de que es susceptible su corazón relacionada con toda la humanidad.

En efecto: en ninguna edad de la vida aprendemos tanto como en la niñez: compárense todas las ideas que hemos adquirido del mundo que nos rodea, todos los conocimientos familiares que se nos han hecho comunes, todas las percepciones que hemos definido en nuestro interior y véase si en ningún período de siete ó nueve años nos hemos enriquecido tanto. Pero ¿qué fuera de esta magnífica ciencia sin la misión del padre? ¿De qué nos serviría tanta noCIÓN colectiva y amontonada sin el auxilio de ese gran clasificador que separa los espacios, los géneros y las familias? Penetraríamos en el mundo á ciegas y tropezaríamos con la roca del despeñadero, poseeríamos un bello corazón, y una inteligencia idiota.

Se continúa.
LEANDRO ANGEL HERRERO.

ANIVERSARIO

A LA MEMORIA DE LA MALOGRADA SEÑORITA DOÑA ALEJANDRINA
ANGELLES TORAL Y HEVIA.

Dos veces ya desde que tu alma pura
Libre de la materia voló al cielo,
Ha estendido la Virgen de los valles
Su manto de verdor en torno nuestro.

De Valencia en los fértiles jardines,
En que reside tu sepulcro yerto,
Brotaron á porfía bellas flores
A impulso del rocío y de los céfiros.

Las susurrantes brisas agitaron
El espeso ramaje con su aliento,
Esparciendo sus vagas armonías
Sobre la hermosa faz del universo.

El universo en el placer se inunda,
Y hasta las aves con creciente anhelo
Al ver la diosa aparecer radiante,
El aire hienden con sus dulces ecos.

Todo felicidad!—¿pero qué escucho?
En medio de las risas y el contento,
Se levanta un gemido doloroso
Y revela el pesar de un triste pecho.

Cuando la primavera ríes dones
Se dispone á verter en nuestro suelo,
Y en tanto Alejandrina alza tu canto
Tras la cortina azul del firmamento;

Aquí sola y agena á los dolores
Siente tu madre padecer acerbo,
Al recordar que la guadaña impía
Clavó la muerte en su angustiado seno.

Oh! su pesar es grande! Hace dos años
Brotan sus ojos manantial cruento,
Y hoy lleva el corazón tan destrozado,

Por el dolor como en el día primero.
 Es verdad que dejaste su regazo
 Para volar al lado del Eterno,
 Es verdad que tu dicha nuestros vates
 Han publicado en sus cantares tiernos.
 Pero esta dicha que al que extraño llora
 Puede aliviar en su fugaz desvelo,
 Ayl no arranca el arpon que eternamente
 Cruel destroza el corazón materno.
 Madrid, abril 8 de 1862.
 FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

LAS OFRENDAS DE UNA MADRE.

LEYENDA VASCONGADA.

segunda parte.

III.

Llegó el turno de entrar en combate á la compañía de Antonio.

Los voluntarios esperaban aquel momento con una ansiedad indefinible. Habían permanecido de meros espectadores hasta aquel instante y ardían de impaciencia y de entusiasmo.

El capitán recorrió la doble fila que formaban, y arrojó en sus oídos palabras imperceptibles, cuyo significado entendían perfectamente aquellos valientes.

Antonio ocupaba un puesto al lado del sargento veterano, que parecía su sombra: no quitaba ojo de él: cualquiera hubiera dicho que aquel atleta era su padre.

El capitán y el sargento trocaron una mirada de inteligencia.

—Mira que confío en tí, lobo salvaje—dijo el tío de Antonio en voz baja al sargento.—Veremos la cuenta que me das de ese muchacho.

El veterano se encojió de hombros, hizo una mueca horrible con los ojos y con la boca, y contestó con la mayor sangre fría.

—Bueno.

Una descarga de fusilería anunció á los voluntarios que el trance era llegado.

El capitán se colocó al frente de la compañía, y gritó con voz de trueno, blandiendo en el aire su sable,

—Hermanos! viva la patria...! viva la reina!... á ellos!... á la bayoneta!...

Y aquellos leones se arrojaron á la lid como un torrente empujados.

Antonio besó en silencio el relicario que le había dado su madre; dió á Blanca un adiós de pensamiento, y se lanzó al combate con un ímpetu fervoroso.

—Cuidadito compadre—balbuceó á su lado una voz ronca y alegre—cuidadito con jugarme alguna morisqueta... yo sé lo que son esas liestas, y si sigues así corriendo te vas á hallar de manos á boca con el filo de una buena guma... Ven detrás de mí!

Era el sargento veterano.

—Déjeme V... déjeme V. avanzar delante—dijo Antonio corriendo como un ébrio.—

—Eso no, truenos... gritó el sargento—al menos debo quitarte la primera bala—si yo caigo... bien... zúrramelos de la lindo; pero hasta tanto guárdate detrás de mi cuerpo... ¿tienes chiquillo?

Y el veterano se puso delante de Antonio: el joven no pudo contener una lágrima de gratitud.

—Acuérdate de aquellas dos mujeres de Deva—gruñó el sargento avanzando al trote.—Es preciso que las vuelvas á ver... á mí no me espera nadie... soy huérfano, y nadie me llorará.
 Y diciendo esto se internaron en la refriega.

IV.

La acción fué cruel y encarnizada: los marroquíes se defendían con el valor de la desesperación; nuestros hermanos caían en sus filas un estrago horrible.

El tío de Antonio al frente de su sección, hacía proezas: parecía el rayo de la desolación: cada tiro de su revólver hacia morder la tierra á un musulmán.

El humo de la pólvora, los gritos de los que caían heridos, y los ahullidos salvajes de aquellas hordas, cuyo fanatismo las inspiraba un furor desenfrenado, un odio implacable y una ferocidad sin límites, formaban del campo de batalla un cuadro pavoroso, un espectáculo digno del infierno.

La compañía de Antonio cargaba entonces á la bayoneta contra un pequeño escuadrón de caballería árabe, que operaba con bastante regularidad. El capitán herido ligeramente en el hombro izquierdo por una bala de espingarda, avanzaba al frente de los suyos, animándolos con voz ronca y mirada centelleante.

—A ellos... á ellos, hijos míos—decía al par que se internaba mas en el campo—seguidme jabalies de las montañas, no temáis á esos imbéciles que huyen ya como fieras amedrentadas.

Y en efecto, el pequeño escuadrón se había puesto en fuga; pero al doblar una pequeña eminencia cayeron en una emboscada de infantería.

La acción se trabó de nuevo, y por esta vez fué mas reñida, mas sangrienta.

El ejemplo del capitán arrastraba á sus subordinados y los inflamaba de entusiasmo.

A su lado y un poco retirado de la refriega, peleaba un voluntario contra dos musulmanes que se defendían á tiros: una bala de espingarda le había roto un brazo, y desesperado, ya se arrojó sobre ellos empuñando su carabina armada con bayoneta.

El infeliz no tenía mas que una mano útil; pero con aquella mano despachó á bayonetazos á uno de los moros; el otro acabó de cargar su espingarda y le apuntó: el voluntario se cruzó de brazos, y acaso encomendaba ya su alma á Dios, cuando la voz del capitán sonó á la espalda.

—No temas muchacho—gritó—ya estoy á tiro de ese canalla.

Y en el mismo instante se oyó una detonación: el moro cayó bañado en su sangre: una bala le había atravesado la garganta.

—Mi capitán!—balbuceó el voluntario, poniéndose de rodillas ante su jefe.

—Has sido un valiente—respondió el tío de Antonio, levantándole en sus brazos.

El voluntario se desangraba por momentos: su herida del brazo vertía un torrente de sangre.

Besó la mano de su capitán, tomó su carabina con la única que tenía sana, y exclamó con la calma estóica de un espartano.

—Vamos andando... yo tengo todavía un brazo bueno!

El capitán corrió hacia él, le detuvo, y le dijo con lágrimas en los ojos.

—Escucha hijo, mio... ¿No tienes madre?

El voluntario soltó en aquel instante su carabina y se puso horriblemente pálido.

—Ah! sí... tengo madre—balbuceó con acento débil.

El capitán se le echó á cuestras, sin desplegar los labios: ¡

retiró de la acción; le puso en camino del hospital de sangre y le dijo:

—Tú has hecho bastante por la patria, hijo mío... ahora vive por tu pobre madre!

El voluntario no pudo contener un raudal de lágrimas de gratitud.

El capitán le volvió la espalda, y echó á correr hacia el combate, limpiándose los ojos.

—Que Dios le bendiga á V. mi capitán—gritó el herido con todas sus fuerzas.

—Adios muchacho—contestó aquel héroe volviéndose hacia él.

Que des un buen abrazo á tu madre en mi nombre—y diciendo esto se lanzó otra vez á la refriega.

Cerca de un pequeño barranco divisó á otro voluntario que se defendía á bayonetazos de tres marroquíes.

—Allá voy... allá voy—gritó con voz de trueno desde lejos—espera un solo minuto.

Pero todo fué en vano, el infeliz sucumbió al número: una herida de guma le habia atravesado los pulmones.

El capitán descerrajó el cráneo á un moro de un balazo, y los demás huyeron amilanados al ver aquella figura terrible.

—Mi capitán... ay! mi capitán—balbuceó el herido con voz débil—ya no hay remedio para mí...

El tío de Antonio se inclinó hacia él, le dió un beso en la frente y le dijo con voz trémula:

—Valiente...! vive, vive para tu pobre madre!

El herido sonrió de una manera lúgubre.

—Ay!... ya es imposible—dijo acabándose por grados—ya es tarde... me siento morir por instantes...

El capitán se inclinó mas á él, y contestó llorando:

—Vive... vive... acuérdate de tu madre... oh!... yo te llevaré en mis brazos al hospital... acaso sea tiempo todavía.

—Ya es tarde!—repitió el herido palideciendo cada vez mas y mirando á su jefe con ojos vidriosos.—No me mueva V. lo mas mínimo... ah! quítame V. del cuello este escapulario de la virgen que me dió mi madre.

El capitán ejecutó al pié de la letra aquella orden.

—Cumpló tu último mandato, madre mia—dijo el herido besando el escapulario—me encargaste que antes de morir besara esta reliquia en memoria tuya, y lo he ejecutado... Estás complacida, madre mia!...

En seguida se volvió á su jefe, le prodigó una mirada radiante de gratitud, le sonrió dulcemente, y entregándole el escapulario lleno de sangre, le dijo:

—¿Quiere V. desempeñar mi cargo postremo?

—Habla... habla...—respondió el capitán enternecido.

—Yo soy de Deva... del pueblo de su sobrino... pues bien ¿quiere V. entregar á mi madre esta reliquia y decirle que muero bendiciéndola?

—Sí... sí... parte tranquilo muchacho, parte tranquilo.

Oh!... gracias... gracias, mi capitán... ahora concédame V. otro favor...

¿Cuál?

—El de dejarme besar esa mano valiente y generosa... la mano de un hombre de bien!

El capitán le tendió su mano, y sintió en ella el calor de una lágrima cristalina que brotó de los ojos del moribundo.

—Que Dios le bendiga á V. mi capitán—balbuceó el herido acabándose de una manera visible.—Ah!... ya me siento destallear...! qué sombra... que hielo... mi madre... adios... mi madre...

Y diciendo esto exhaló el último suspiro.

El capitán lanzó un grito de espanto: estampó un beso en aquella frente yerta e inanimada, se enjugó una lágrima, y se alejó de allí exclamando:

—¡Valiente hijo mío! séate la tierra ligera!

(Se continuará).

LEANDRO ANGEL HERRERO.

LECTURAS CIENTIFICO-INDUSTRIALES.

V.

Máquinas de vapor que obran en un punto fijo.

Las diversas especies de máquinas de vapor que se conocen en la actualidad pueden, atendiendo tan solo á sus diferencias esenciales, quedar reducidas á buen corto número. Variaciones en la forma de sus partes, en el número de estas, en el tamaño del conjunto, en la tensión del vapor: esto es cuanto se ve en ellas que unas de otras las distingua. Las distintas modificaciones accidentales, hijas del capricho del constructor, de las indicaciones científicas ó de las necesidades que requiere el uso á que cada cual se ha de destinar, dan origen á las clases diversas en que se dividen las máquinas de vapor. Dos sin embargo, merecen tan solo citarse, por ser de esencia las diferencias que á una de otra distinguen; cuales son: máquinas que actúan en un punto fijo, y máquinas que imprimen movimiento á un aparato que recorre, adherido á ellas, un espacio determinado.

De ambas clases nos vamos á ocupar. Las dos se componen de un aparato, en que se produce el vapor, ó sea la caldera, y del cuerpo intermedio, que comunica al todo mecánico la fuerza de impulsión, que es el que en realidad constituye la máquina.

Pero estas dos partes son distintas en las piezas de que se forman, segun hayan de actuar en un punto fijo ó en la marcha por una vía cualquiera; y de aquí el que nosotros las hayamos de considerar separadamente.

Máquinas que funcionan sin variar de posición.—Caldera.—La caldera es un cilindro de palastro, cuyos extremos están terminados en forma de hemisferio. Sus paredes son tan gruesas como es necesario para no ceder á la fuerza elástica del vapor, y sus dimensiones mayores ó menores, segun la cantidad de agua y vapor que haya de sostener.

Comunica la caldera por su parte inferior con dos cilindros de pequeño radio, que están asegurados por cada uno de sus extremos á fuertes puntos de apoyo. De bajo de estos cilindros está la hornilla del fuego, la cual les comunica su calor, para que lo trasmitan á la caldera, y de esta función á que se destinan, les viene el nombre de hervideros, con que son conocidos.

Los hervideros se hallan llenos de agua en toda su extensión. La caldera solo hasta poco mas de su mitad, quedando destinado el restante espacio para el vapor que ha de formarse en ella, una vez que se haya puesto en actividad el fuego.

El vapor producido en la caldera pasa luego, por medio de un conducto, al cuerpo de bomba, para imprimir movimiento al émbolo, y por consiguiente á toda la máquina.

Se encuentran además en la *caldera* otras varias piezas y resortes, que ligeramente vamos á enumerar. Un pequeño conducto hace llegar el vapor hasta un *manómetro*, en que se mide la tensión del vapor, con el objeto de aumentarla si es necesario, ó disminuirla cuando sea mayor que la fuerza exactamente precisa para la acción del aparato, ó capaz de vencer la cohesión molecular de la *caldera*, y haría estallar.

Otra pieza está destinada á indicar con una especie de silvido, cuándo el agua de la *caldera* se ha evaporado en tal cantidad, que sus paredes han llegado á enrojecerse. Entonces hallándose la temperatura en un grado muy elevado, pudiera muy bien al llegar á ella nueva cantidad de agua, estallar, efecto de una evaporación súbita y violenta. Esto se evita con la pieza mencionada, que de aquí recibe el nombre de *silvato de alarma*. Cuando el nivel del agua en la *caldera* ha llegado á cierta línea de descenso, el resorte que impide el paso del vapor al *silvato* se abre, y le permite penetrar en él, pasando antes por los bordes de un disco metálico, de cuyo roce proviene el silvido.

Hay otra pieza llamada *flotador*, la cual sirve para dar á conocer el nivel de agua en la *caldera*. Se compone de una especie de balanza: esta en uno de sus extremos, lleva pendiente una piedra, que penetra en el agua próximamente hasta la mitad de su grueso, y en el otro un contrapeso, que se equilibra con la piedra sumergida. Cuando baja el nivel de agua en la *caldera*, queda la piedra descubierta; recobra entonces el peso, que según una ley física, tenía perdido por hallarse sumergida en un líquido; vence, pues la resistencia del contrapeso, y destruye el equilibrio de la balanza. En este caso, el maquinista que lo observa, manda llegar agua á la *caldera*, hasta tanto que la balanza recobra nuevamente su posición horizontal.

También se halla en la *caldera* la válvula de seguridad, que describimos al hablar de la *marmita de Papin*. Su uso está concretado al que se hacía de ella en aquel aparato.

Últimamente, hay una chimenea de gran altura, que da salida á los restos de la combustión.

Máquina.—El vapor que se forma en la *caldera* pasa desde esta á un depósito de hierro, llamado *caja de distribución*. En esta caja hay tres aberturas que se abren y cierran convenientemente, por medio de resortes colocados al efecto. Una de ellas está en comunicación directa con la parte superior del *cilindro*; y da paso al vapor que obliga al *émbolo* á verificar su movimiento de descenso. Otra le dirige hasta la parte inferior, cuando ha de tener lugar el acto de la elevación de dicho *émbolo*. Y la otra se une á un conducto cilíndrico, que conduce el vapor una vez que ha terminado su impulsión, á un nuevo depósito que no tardaremos en describir, llamado *condensador* porque en él se efectúa la liquefacción.

El vapor obra en el *cilindro* del modo siguiente. Penetra v. gr. por la abertura inferior de la *caja de distribución*, y por medio de su tensión, eleva al *émbolo* hasta tanto que se abre la abertura superior, y queda al mismo tiempo cerrada la primera. Entonces la fuerza elástica tiende á que descienda el *émbolo*, lo que sería imposible de

conseguir, sin que el vapor que pasó por el acto primero á la parte inferior, deje desalojado este sitio. Para esto, al mismo tiempo que se abre el resorte de arriba, queda también abierto el que conduce al *condensador*, y el vapor se dirige á este, en donde pasa al estado líquido, de la manera que en breve diremos. Entonces desciende el *émbolo*, y luego se verifica el vacío de la parte superior, del mismo modo que se hizo; en la inferior; se vuelve á elevar el *émbolo*, y así continúan sus movimientos de ascension y descenso.

El *condensador* no es otra cosa que un depósito de hierro, colocado en la parte inferior del cilindro, que contiene agua fría próximamente hasta la mitad de su volumen. Una vez en él el vapor, se establece la radiación, y como el agua se halla á una baja temperatura, absorbe el calor de aquel, y le hace pasar al estado líquido.

El agua del *condensador* se calienta cada vez que se condensa una cantidad de vapor, y por consiguiente, sino se renovase, llegaría un momento en que no pudiera ya tener lugar la liquefacción. Para renovarla hay una bomba que la absorbe, y por medio de un canal la hace llegar hasta la *caldera*. De este modo no solo se economiza la cantidad de agua, que por otro medio se había de emplear en la producción del vapor, sino que también hay menos gasto de combustible, por estar ya el agua del *condensador* á una elevada temperatura, y poderse gasificar por lo tanto con mas facilidad. La bomba mencionada recibe el nombre de *bomba de aire*.

Hay además otras dos, la una llamada *bomba de pozo*, lleva al *condensador* el agua de un pozo ó pila cualquiera; la otra que se conoce con la denominación de *bomba alimenticia*, surte á la *caldera* de cuanto agua necesita para la generación del vapor.

Estas bombas funcionan en todos los movimientos del *émbolo*, por medio de vacillas, que teniendo comunicación con aquel, articulan por su extremo bajo con su pistón.

La barra del *émbolo* se enlaza por su parte superior con una pieza de hierro, llamada por su forma y posición, *balancín*. De este modo los movimientos del *émbolo* se transmiten al *balancín*, y del *balancín* por medio de la acción de otras barras á la *rueda volante* que ya describimos en otro artículo, y sabemos que distribuye el movimiento circular á toda la máquina. El *balancín* se halla sostenido por una pieza de hierro, apoyada en una mesita horizontal, formada por cuatro columnas.

También se encuentra el *regulador de la fuerza escéntrica*, que ya conocemos, articulado por uno de sus lados al *émbolo*, y por el otro al eje del *volante*.

Esta máquina no es otra que la de *doble efecto* que describimos hablando de Wat. Al darla ahora á conocer con mas minuciosos detalles, puede ser que no lo hayamos hecho con aquella claridad indispensable, para poderla comprender fácilmente, pero esta falta es inevitable, cuando se trata de diseñar máquinas demasiado complicadas en su forma, y no se puede presentar el grabado de ellas. Ambas dificultades se nos han presentado en la descripción de la que nos ocupa: numerosa en sus partes, y en la imposi-

bilidad de presentarla en grabado, solo leyendo con alguna detención, podrá comprenderse cuanto de ella hemos dicho.

Así pudieramos detenernos en la máquina llamada de efecto simple; mas no lo hacemos porque casi puede decirse que se halla en desuso en la actualidad.

Hablándonos ocupado de las máquinas de vapor que funcionan en un punto fijo, á las sirven para imprimir una marcha determinada á los aparatos que á ellas se enlazan, serán nuestro objeto en el artículo siguiente.

GREGORIO HERRAIZ.

CRONICA NACIONAL Y ESTRANGERA.

Ratificado el convenio hecho en Soledad por Juárez, las tropas francesas y españolas marcharon á Tehuacan y Orizaba, y las inglesas iban á embarcarse para regresar á su país.

Parte de las tropas españolas vuelven á Cuba, y los refuerzos franceses regresan sin desembarcar siquiera. Las negociaciones complementarias habrán empezado el día 1.º con completa confianza en una solución pacífica y en garantías para el porvenir. El correo que llevaba despachos anglo-americanos fué asesinado entre Veracruz y Méjico.

El «Monitor» dice lo siguiente:

«Los periódicos españoles anuncian que el gobierno del Emperador ha pedido al gabinete de Madrid que llame al general Prim. Esta noticia es completamente inexacta. El gobierno del Emperador se ha limitado á desaprobado el convenio concluido con el general mejicano Doblado por el general Prim y aceptado después por los plenipotenciarios de las potencias aliadas; porque este convenio le ha parecido contrario á la dignidad de Francia. En su consecuencia Mr. de Saligny ha sido revestido exclusivamente de los plenos poderes políticos de que el vicemirante Jurien de la Graviere gozaba antes, y este oficial general ha recibido orden de volver á tomar solamente el mando de la division naval.»

El gobierno francés ha desaprobado la convenion de Soledad, hecha por los generales Prim y Doblado, y aceptada por los plenipotenciarios de las potencias aliadas, porque, en su concepto, la firma de Juárez puesta al pié de cualquier tratado que se celebre, no ofrece garantías á la Europa de que no se repetirán los excesos que han obligado á España, Francia, é Inglaterra á enviar sus fuerzas á Méjico.

Los comerciantes de la Habana habían comprado un ingenio á algunas leguas de aquella ciudad. A principios de Diciembre se presentó á ellos una persona conocida, proponiéndoles la compra de cuatro negros. La propuesta les pareció buena, y á los pocos días salieron los dos socios de la Habana, en busca de los negros que habían de comprar y pagar en el acto. Pasaron muchos días y no presentaban á sus casas, ignorándose completamente su paradero. Varios amigos de los desaparecidos salieron de la Habana en distintas direcciones por ver de encontrarlos á adquirir alguna noticia de ellos. De las averiguaciones practicadas últimamente, resulta que aquellos infelices socios fueron rebudos en las bucal heñeras de Villa Clara, y obligado además uno de ellos á firmar una letra de 3,000 pesos sobre la Habana, cuya realidad resulta efectiva. Con un secunda fueron desahuciados á mil y uno truenos, habiéndoles antes cogido los asesinos á quienes se les dio un golpe que ofrecian los desgraciados en cambio de sus vidas. El día 20 de Febrero se encontraron enterrados los cadáveres. Ambos tenían una soga al cuello y por su estado se vino en conocimiento que los asesinatos debieron cometerse del 6 al 8 de Enero. Los asesinatos estaban ya presos, confesos y convictos.

El Sr. Duparque, que acaba de hacer un viaje á Suiza, ha daído cuenta, entre otras cosas, á la sociedad de medicina de París, de un medio ideado por él para facilitar el sueño de los viajeros en caminos de hierro. Dicho medio consiste en un resorte semi-circular, terminado en sus dos extremos por cojinetes de guta-percha. Aplicado este resorte alrededor de la parte posterior de la cabeza, las almohadillitas vienen á obturar herméticamente los orificios de los conductos auditivos internos.

Tal vez, añade el Sr. Duparque, este aparatito podría emplearse para combatir ciertas alucinaciones del oído.

Las elecciones prusianas preocupan la atención, no solo del país, sino de la Europa. Se trata, y el gobierno lo ha manifestado claramente en una reciente circular, de una lucha entre el parlamento y la corona. «El gobierno, añade esta circular, combatirá en todas partes al partido democrático, bien lleve este nombre ó el de partido progresista.» En Berlín se ha establecido un comité electoral, cuyo objeto es reunir en un centro común á todos los adversarios del partido progresista. Todos los partidos se aprestan con ardor á la lucha.

Ha tenido una entrevista Mr. Lavalette, con el cardenal Antonelli, antes de su salida para París. El embajador significó al cardenal la necesidad de que la Santa Sede saliese de una vez de las condiciones anormales en que se halla; declarando que era imposible mantener el *statu quo*. El cardenal contestó que el Padre Santo no podía salir de esta situación, porque no tenía fuerza suficiente para recobrar las provincias invadidas por el Piemonte; lo que explicaba por qué se resignaba á permanecer en el *statu quo*, esperando que la Providencia le haga volver á la posesion de todas las provincias de la Iglesia. Además anunció el marqués de Lavalette que el Papa se hallaba dispuesto á marchar de Roma en el momento en que Francia retirase sus tropas para dejar paso á los soldados de Victor Manuel.

Por orden del gobierno se han hecho averiguaciones en todas las provincias de España sobre las personas encargadas de recoger los sellos de correos usados, y sobre los motivos ó causas de haber aceptado dicho encargo; y de las averiguaciones hechas y de las declaraciones tomadas, resulta que las personas encargadas de la colecta pertenecen á las clases mas miserables y distinguidas de la sociedad, y que han creído hacer solo una obra piadosa encargándose de buscar, reunir y enviar los sellos á las sugetos á quienes se les designaba. En Cádiz las que reunían los sellos eran las principales señoritas, á quienes se había hecho creer que un extranjero había ofrecido un dote á una concepcionista para el día en que le entregáran con que tapizar una habitacion.

El 28, poco después de las once, corrió un vendabal tan fuerte en Valencia que llegó á romper los cristales de muchas casas, ocasionando grandes daños en el arbolado de los pueblos inmediatos. Durante todo el día 29 continuó el furioso viento azotando el arbolado. Entre Almansa y Aranjuez reinó un verdadero huracan, que ocasionó varios vuelcos de carruajes y que dificultó la marcha de los trenes del ferro-carril, de tal modo que el correo de Madrid que debió llegar á Valencia á las once de la mañana sufrió un retraso de cinco horas. La vía férrea del Mediterráneo ha padecido bastante, y tambien varios postes del telégrafo, por lo que la línea eléctrica quedó interceptada. En Alicante tambien se sintió la fuerza del vendabal que arrancó algunos árboles.

El preso de la cárcel del Saladero que debe contraer matrimonio, no es, segun se ha dicho, el que cometió el asesinato del sereno en el Rastro, sino Eugenio Lopez Montero, asesino de doña Carlota Pereira, en la calle de la Justa. Hé aquí la inslancia con su misma ortografía:

«Ilustrísima Señora. Señor Vicario Castellano de Madrid.

Eugenio Lopez Montero, Sotero de edad de cuarenta y dos años, natural de Armeria, Patriquia de San Sebastian, de oficio sirviente y procesado en esta cárcel de Villa de Madrid, ante su Ilustrísima esposa.

Que teniendo dos hijos de menor edad, reconocidos, con Ramona Ruiz Garci, sotera, natural de Revres, Provincia de Armeria, de edad de treinta y seis años. Desea contraer matrimonio con dicha Señora por ser este un acto de su obligación, y humanidad, y descarga de su conciencia, y descanso de su alma, pues así me lo manda la sagrada escritura y nuestra santa madre Iglesia, y lo pue todo cristiano esta obligado á hacer, y como tal me concreto, quiero cumplir con mi deber:

Gracia etc.»

Proprietario y editor responsable.—D. José Morales y Rodríguez.

Imprenta de D. José Morales y Rodríguez, Caballero de Gracia, 45, bajo.